LA CAMPANA DE LA LIBERTAD

UNA MUJER A CABALLO

por Diane Starin

Traducción Angela Ugarte

Comentario de la Presente Historia por el Doctor Kenneth Jernigan

Diane Starin Se enamoró de los caballos desde que era una niña cuando asistió a un carnaval. Fué un amor que no se le pasó al crecer, a pesar de que su consejero le dijo que su amor por los caballos no era más que un sueño. En el presente, entrena caballos, enseña como montarlos, y afila tijeras para cortar la lana de las ovejas para alcansar a cubrir su presupuesto. Esta es su historia.

Los caballos son animales muy interesantes. Definitivamente tienen una mentalidad propia. Los caballos me han gustado desde que mi madre me montó en uno de ellos en un carnaval.

Creo que le tomó un par de horas para que me bajara del caballo. Me duele pensar lo que debe de aber pagado para que me montara en él. Cuando tenía como doce años, decidí que había encontrado el caballo que quería tener. Estába hambriento y Delgado. A mi madre le daba mucho miedo que yo tuviera un caballo, pero no era quien me íba a detener para que no hiciera algo que yo quería.

Yo creo que ella se imaginó que este pobre animal hambriento no podía hacerme daño de ninguna manera. Así es que el animal nos costó cincuenta dólares. A todos los niños les gusta correr a caballo, y yo no era la excepción. Mi caballo se volvió gordo, lustroso, brillante y desbocado. Cuando se le agarraba un puño de su crin y se saltaba para montarlo se tenía que estar listo para correr, porque en unos 30 segundos él estába más allá de una milla.

Más tarde, compré una yegua descuidada y la crié. Ahora tiene quince años, y todavía la tengo.

Cuando terminé la escuela secundaria decidí ir a la Universidad y graduarme en la crianza de caballos. El consejero de rehabilitación que tenía me dijo que conocía muchos ciegos que tenían un montón de sueños imposibles, que yo tenía que enfrentar la realidad y encontrar algo que verdaderamente pudiera hacer. Yo le dije que realmente no me importaba lo que pensara porque yo íba a tomar esa especialización de todos modos. Me dijo que si lo hacía no recibiría ninguna ayuda del programa estatal para ciegos. Pero yo no íba a consentir en que el govierno manejara mi vida. Por eso Solicité y me gané una beca escolar de la Federación Nacional de Ciegos y otra de la Universidad de Sierra. Terminé graduándome con un grado en agricultura suburbana y un certificado en la crianza de caballos.

Mientras que muchas de las personas ciegas andaban tratando de buscar quien les leyera, yo andaba buscando camiones y remolques para caballos que necesitaba para poder ir a la clase. Una de las clases era el entrenamiento práctico de caballos. Yo tenía un remolque para caballos, y conocía un amigo que tenía un caballo y camión pero no remolque. Así que entre los dos teníamos lo que necesitábamos y nos fuímos a recibir la clase.

El instructor definitivamente nunca había visto una persona ciega antes, ni que mencionar tener una tomando su clase de entrenamiento para caballos. Pero no pareció que esto le molestara particularmente. Acordamos que juntos íbamos a figurarnos como lo podíamos hacer. Me sentí feliz y con suerte de que él tuviera esa actitud.

A estas Alturas yo todavía era una novicia, e hice muchas tonterías que no se deben hacer con los caballos, pero aprendí. Cuando uno está entrenando a un caballo jóven, lo primero que hay que hacer es lo que se llama trabajo preliminar. El caballo tiene que hacer ejercisios y enseñársele como obedecer antes de que se le monte. Una de las cosas que se hacen en el trabajo preliminar se llama dar cuerda. Se hace con un lazo como veinte pies de largo, y se hace que el caballo camine en círculos alrededor de uno. La consistencia del campo de entrenamiento era bién, bién suave, y para mí era muy difícil poder oír las pisadas del caballo en el terreno suave con todos los otros miembros de la clase haciendo las mismas cosas a sus caballos a veinte pies de distancia.

Decidí tomar una correa y ponerle una campanita, como una de esas que se ponen en los trinéos o en los árboles de Navidad, y amarrar una en la pata del frente, y otra en la pata trasera opuesta. Entonces, cuando mandaba al caballo que trotara, yo podía oír en el Segundo en que lo hacía. Esta fué una de mis tácticas para que el caballo me obedeciera inmediatamente. Cuando se monta a caballo, es bién raro hacer algo con el animal en donde no se esté en contacto con él. Así que, para una persona ciega, es un trabajo mucho más simple de lo que parece porque, o se está en contacto directo a través de la rienda, o a través de un lazo, y uno aprende bién rápidamente lo que el caballo está haciendo por lo que le llega, a uno, a través del lazo, o de las riendas.

Cuando uno monta a caballo, es algo como escribir a máquina. No se debe de mirar las teclas cuando se escribe a máquina. Así mismo, cuando se monta a caballo, y uno se vuelve más experto, se aprende a sentir el caballo debajo de uno mismo. Esto no es únicamente entre los ciegos. Todas las personas que entrenan y enseñan caballos, no necesitan mirarlo para saber lo que está haciendo. Cuando yo monto, escucho los ecos de las cercas, y de los postes para poder distinguir la distancia.

Después que terminé la Universidad, compré un garañón y me metí a la crianza de caballos. No tuve ningún problema en desarrollar las técnicas para usarlas aquí tampoco. Uso bastante el sonido, y créanme que cuando uno está adiestrando a un garañón, y otra persona está adiestrando a una yegua, no hay ningún problema en saber donde están, o a que extremo usted puede estarse acercando.

Yo le pregunté al Gerente de la Feria del Estado de California si podía poner una clínica de montar en los terrenos de la feria. Después de un mes me habló para ofrecerme un trabajo manejando el Club de Polo del Valle de Sacramento. Cuando fuí a la entrevista, el señor que era el presidente del club me dijo que yo tenía que enseñarle a él que podía limpiar un establo. El trabajo no pagaba mucho, pero lo tomé porque quería esa experiencia en mi resumen. Pensé que era bién interesante que él solo quería que le enseñara si savía limpiar el establo, pero nunca se le ocurrió preguntarme algo más importante como por ejemplo que como llevaría los caballos a la pista de entrenamiento que estába a media milla. La pista era de una milla, de regulaciones estandares, y yo tenía que galopar a los cuatro caballos del club tres millas cada día para mantenerlos en buenas condiciones. Decidí que después que hubiera galopado tres veces alrededor de la pista, íba a necesitar encontrar la puerta y salir de allí. Lo que se me ocurrió que era más simple hacer fué dejar un radio transistor tocando en la entrada de la puerta.

Además del cuidado de los caballos, tenía que cuidar a los miembros del Club de Polo. Tenía que ensillar sus caballos, que platicar con ellos, y que caminar a caballo con los que no querían ir solos. A propósito, cuando finalmente terminé de trabajar en el Club de Polo, tenía diez caballos a mi cuidado, y todavía estába recibiendo el mismo sueldo. Por lo menos tuve esa experiencia en mi resumen.

Ahora doy lecciones de montar en el área donde vivo. Siempre tendré caballos porque ellos son mi pasión, pero ahora estoy empezando un negocio pequeño, que opero desde mi casa. Es un negocio de alquilar navajas de las maquinillas que cortan la lana de las ovejas.

Las personas que cortan la lana de las ovejas, usan muchas navajas. Empecé este negocio por accidente. Me había trasladado a una pequeña ciudad, y necesitaba afilar las navajas de mi maquinilla. Le pregunté al barbero, al que cortaba y arreglaba el pelo de los perros, y a la cosmotóloga que ¿a donde mandaban sus Tijeras para que se las afilaran? Me dijeron que las mandaban a Sacramento, o las enviaban por correo al este.

Yo pensé que esto era ¡un ridículo! Ya que era un proceso de solo tres minutos. Todo lo que tenía que hacer era comprar una máquina de afilar. Lo podía hacer en mi casa sin tener gastos generales, ni inventario, ni gasto de servicios públicos extra.

Alrededor de ese tiempo, estába escuchando un programa local de cambalaches y trueques, de pronto una oportunidad de esas que aparecen una en un millón. Había una máquina usada para afilar navajas de maquinillas de cortar lana a las ovejas en una tienda de cambalaches y trueques. Le hablé a la persona que me había afilado las Tijeras por años en Sacramento. Le dije, "¿Que clase de máquina es la que necesito comprar? No sé nada de ellas." Él me dijo, "Si la rueda de afilar es de catorce pulgadas de radio, ya estás en el negocio." Bueno, la rueda era más grande que eso, así es que fuí a ver a la señora que la vendía, y se la compré por la mitad del precio.

Ella la había usado solamente cuatro veces. Me dijo que no podía usarla, y que si yo podía hacerla funcionar, ella sería mi primer cliente. Descubrí que no había que hacer mucho para hacerla andar. Solo se enciende la máquina, y se hace girar la rueda a 700 revoluciones por minuto. Después que le pone talco y aceite a la rueda, se pone la navaja, la cual se sostiene con un bloque de Madera en cierto ángulo, y se va desde la punta hasta la mitad de la hoja, y luego de la mitad de la hoja hasta la punta por cinco segundos, y ya está. Así es que tres dólares por dos minutos de trabajo, no está mal. Afílo las hojas de las Tijeras por dinero para poder entrenar a los caballos por amor. Esta es una combinación que me da resultado, y mi ceguera no tiene nada que ver con ello.

Un Libro KERNEL publicado por La FEDERACIÓN NACIONAL DE CIEGOS

Copyright © 1992 por La Federación Nacional de Ciegos

ISBN 0-9624122-4-4

Todos los Derechos Reservados.

Impreso en los Estados Unidos de Norte América

https://nfb.org/Images/nfb/Publications/books/kernel1/TheFreedomBell.html#woman